LIBROdot.com

## Alberto Blest Gana

# Un día de campo

### I

En el interior de una casa de la calle Ahumada, un joven se hallaba en una pieza pequeña, sentado delante de un escritorio. Después de arrojar el resto de un cigarro que humeaba entre sus dedos, tomó la pluma y se puso a escribir lo siguiente:

"Querido Pablo:

"Al fin vamos a vernos, después de tan larga separación. Con esta idea vienen en tropel a mi memoria los alegres juegos de nuestra niñez y los amores fugaces de colegio: vuelvo a estar contigo, en una palabra, y recorro una a una las horas felices de nuestra fraternal amistad.

"A todo esto se me olvidaba decirte el objeto de mi viaje, que te comunicaré en dos palabras: voy, encargado por mi padre, a entregar la hacienda al nuevo arrendatario, y como no me acomodaría vivir solo en ese viejo caserón donde he pasado mi niñez, voy a pedirles a Uds. hospitalidad por algunos días.

"Da un abrazo en mi nombre a la buena tía, otro al selvático Antonio y tú, mi querido Pablo, recibe uno muy cordial de tu amante primo.

Emilio".

Esta carta llevaba la fecha del 23 de octubre de 1834.

El joven que acababa de escribirla salió al patio después de cerrarla y la entregó a un hombre que esperaba al lado de un caballo ensillado con el avío clásico de los campos.

## II

Tres días después, el hombre que había recibido la carta se bajaba delante de una casa de campo de pobre apariencia, situada en la provincia de Colchagua.

Después de acomodar las riendas de su cabalgadura con ese cuidado por sus arreos de viaje que distingue a nuestros huasos, el viajero penetró en una pieza en la que se veían tres personas: una mujer que parecía rayar en los cincuenta años, y dos jóvenes, entre los cuales habría sido muy difícil conocer una diferencia en la edad; pues ambos aparentaban tener de veinticinco a veintiséis años cuando más.

En la figura de la mujer no resaltaba nada de notable. Cierta melancolía de la mirada, cierto tinte de tristeza que reinaba en su persona, eran indicios que sólo a un observador muy avisado y perspicaz habrían servido para adivinar los pesares que amargaban aquella vida oscura, dejando apenas un rastro en el semblante como tan a menudo acontece. El dolor es un huésped sombrío que las más veces gusta de aposentarse en el alma, sin revelar al exterior su devastadora existencia.

Entre los dos jóvenes sentados junto a la señora se veían notables y muy marcadas diferencias.

El uno, bien que vestido con el desaliño natural a la vida del campo, revelaba en su porte, en la elegancia y finura de sus movimientos, al hombre que en medio de las sociedades y por una educación esmerada, ha recibido la gracia que sabe conquistarse irresistiblemente las simpatías de todos. Veíase además en sus cabellos negros desarreglados con arte, en sus ojos embellecidos por una expresión indefinible de dulzura, en las formas de su cuerpo delgado y vigoroso, cierta elegancia natural, que decía bien claro que aquel joven no había vivido siempre entregado a las duras fatigas de las tareas campestres.

El otro formaba en toda su persona un singular contraste con aquél. Sus miradas revelaban la indomable fuerza de voluntad que jamás retrocede: los labios abultados, la espesa barba desgreñada y áspera, las pobladas cejas, habitualmente contraídas,

quitábanle la gracia, natural de la juventud, imprimiéndole el sello que las pasiones fuertes hacen, casi siempre, contraer a los músculos del rostro.

Cualquiera que hubiese tenido que dirigirse por casualidad a uno de estos dos jóvenes, habría elegido maquinalmente al primero.

A la entrada del viajero, las tres personas volvieron la vista hacia la puerta. El huaso avanzó en las puntas de los pies, haciendo que el ruido de sus espuelas se apagara por medio de esa precaución, y tomando su sombrero con una mano, pasó con la otra la carta a la señora, mientras que con la que sostenía el sombrero llevaba hacia atrás un indómito cadejo de pelo, que cayó sobre su frente apenas le faltó el apoyo que lo sostenía.

—Señor don Pablo Reina, —leyó la señora en el sobre, pasando la carta al primero de los jóvenes que describimos.

Este tomó la carta y, abriéndola, echó la vista sobre la firma.

—¡Ay, madre —exclamó lleno de alegría—, es de Emilio!

—¿A ver qué dice? —exclamó la señora, en cuyo semblante brilló también un rayo de contento.

—Mañana estará aquí, viene a entregar la hacienda —exclamó Pablo, levantándose radiante de felicidad—. Le manda un abrazo, madre, —añadió—, y otro a ti, Antonio.

—¡Cuanto me alegro! —dijo la señora.

Antonio pareció hacer un esfuerzo para dibujar en sus labios una sonrisa, encendió un cigarro y salió sin decir una palabra.

## III

Los dos jóvenes, Antonio y Pablo Reina, componían con la señora, a quien este último dió el nombre de madre, la pequeña familia que habitaba la casa de campo, a la que hemos introducido al lector.

El padre de estos jóvenes, muerto cuando el mayor de ellos contaba apenas diecinueve años, había legado por toda fortuna a su familia una hijuela de trescientas cuadras en el departamento de San Fernando. En aquellos tiempos, esa extensión de terreno estaba muy lejos de tener el valor que en el día han alcanzado los fundos rústicos, con el progresivo aumento de la riqueza del país. Así es que la familia de don
Pedro Reina, el padre de los jóvenes, quedó a su muerte reducida a un estado de pobreza vecino de la indigencia.

Hasta entonces doña Manuela Esteros la madre de los jóvenes, y Antonio, el mayor de ellos, habían acompañado a don Pedro en sus trabajos de agricultura, mientras que Pablo estudiaba en calidad de externo en el Instituto de Santiago y vivía en casa de los padres de Emilio Reina, su primo hermano. De manera que Pablo, el hijo mimado, participaba de la ventajosa posición de su tío, mientras que Antonio se vió desde la niñez reducido a los duros trabajos de una vida expuesta a las inclemencias del tiempo. Esta desigualdad establecida por los padres en la condición material y moral de los dos hermanos, desigualdad muy común en la existencia de las familias, había arrojado desde temprano entre los dos jóvenes el germen de un odio sombrío, que, andando el tiempo, habría de producir fatales e irremediables resultados.

Los rencores desarrollados a la sombra del hogar doméstico son la base de mil dramas íntimos ignorados por el mundo, pero que refluyen sin duda contra el bienestar de la sociedad en general.

Antonio veía llegar a su hermano todos los años en la época de las vacaciones, vestido con la elegancia del joven santiaguino que ya pasea en la Alameda y gusta pasar en los días festivos por las puertas de calle, donde las niñas que aspiran a ser grandes, establecen con los que pasan un fuego de ojeadas, que no pocas veces acaba por rendir a ambos combatientes. Además, Pablo era festejado por los padres con aquella ternura que resuena dolorosamente en el corazón de los hijos abandonados, y mientras él los extasiaba con el franco y afable cariño del hijo preferido, Antonio sentía aumentarse en

su pecho la honda y constante melancolía que infunde la conciencia y acaso la previsión de un porvenir sin amor y sin alegría.

A la muerte de don Pedro, Antonio sintió que la naturaleza, privándose del cariño de sus padres, le había revestido de la suprema autoridad en la familia. Su voluntad, hasta entonces reprimida por el respeto a su padre, se armó de la dureza que le era propia y resolvió hacer triunfar sus deseos, ya que su cariño había sido injustamente desdeñado.

Un día, cuando el dolor había calmado en su madre la fuerza de sus primeros ataques, Antonio entró en su cuarto y comenzó a pasearse con el aire concentrado de un hombre a quien preocupa una idea única, haciéndole indiferente a todo lo que pasa en derredor suyo.

Doña Manuela notó al instante la preocupación de su hijo y pareció adivinar la idea que se agitaba en su mente.

—Me he ocupado ayer todo el día, —dijo el joven continuando sus paseos—, de arreglar las cuentas de mi padre, y vengo a decirle que, lejos de poseer algo, nos hallamos debiendo seis mil pesos.

Doña Manuela bajó la vista sin contestar una palabra, y Antonio, después de esperar una respuesta, continuó:

—Creo que ha llegado ya el momento de reducir nuestros gastos en cuanto sea posible, para cubrir esa deuda.

—Me parece, —se aventuró a decir la señora—, que no se puede vivir más económicamente que lo que hasta ahora lo hemos hecho.

—Bien lo sé —replicó Antonio—; pero no basta la economía de la casa, es preciso suprimir todos los gastos superfluos y que mi padre, contando con más larga vida, creía hallarse en posición de hacer.

—¿Qué gastos? —preguntó doña Manuela.

—Los que origina la educación de Pablo, —dijo resueltamente el joven, atacando de lleno la cuestión—. Me parece que Ud. encontrará muy justo que él venga también a contribuir

con su trabajo, en vez de estar gastando lo que no tenemos. Píenselo Ud. bien, —añadió sin esperar una respuesta—; mañana voy a enviar un mozo con caballos a Santiago para que pueda venirse y creo que Ud. debe escribirle también como yo lo hago, manifestándole la necesidad de esta medida.

Tras estas palabras, Antonio salió del cuarto de su madre, dejándola entregada a su dolor y a sus lágrimas.

Doña Manuela pasó toda la noche de aquel día entregada al más intenso sentimiento.

Cortar la educación de Pablo, sobre quien se hallaban cifradas sus únicas esperanzas, era para ella una resolución casi superior a sus fuerzas; pero al propio tiempo conocía la indomable voluntad de su hijo mayor y, bien que un tanto cegada con su preferencia por el otro, sentía en el fondo de su conciencia la amarga justicia de las pocas observaciones que acababa de hacerle.

Al día siguiente, como Antonio lo había anunciado, un inquilino de la hacienda salió para Santiago llevando cartas para Pablo y caballos para hacer el viaje.

Ocho días después, la madre se encontraba con sus dos hijos en su pequeña hijuela y Pablo, abandonando los hábitos de la vida estudiosa y sedentaria que hasta entonces había llevado, se entregaba, con el ardor de la juventud, a los trabajos que representaban su único porvenir.

## IV

Desde entonces se estableció entre los dos hermanos una serie continua de parciales desavenencias, que debía convertir en abismos profundo la distancia que desde la niñez los separaba. Esas dos opuestas naturalezas, entregadas al choque incesante de la vida de familia, fueron encontrándose poco a poco por todos los puntos salientes de su carácter, haciendo estallar el rencor por una parte y la impaciencia por otra, por los gustos y por las antipatías y depositando en el alma de cada uno cierta hiel, que, desarrollada en la estrecha esfera de una vida monótona, cobraría al fin proporciones increíbles.

Doña Manuela siguió la marcha del odio que animaba a los dos hermanos, con el sentimientos y previsión profundo de la madre, sin poder jamás desprenderse de su preferencia por el menor; de aquí la imperceptible melancolía de su rostro, en el que los tintes sombríos de su intenso pesar se hallaban templados por la tranquilidad de una existencia oscura y entregada a la práctica constante de virtud.

Esta vida, con sus rencores y su melancolía continuos, duraba ya cerca de ocho años. Los cabellos de la madre habían encanecidos en ese tiempo y los dos niños se hallaban transformados en los hombres cuya descripción ligera dejamos hecha.

Tal era el estado de la pequeña familia olvidada en un rincón de una lejana hacienda, cuando llegó a la casa Emilio Reina, el joven que dirigió a Pablo la carta con que dimos principio a nuestra narración.

## V

Corría, como dijimos, uno de los últimos meses del año de 1834.

Emilio fué recibido con la cordialidad digna de aquellos tiempos de hospitalaria memoria, tiempos en que la civilización no había establecido aún esa política reserva que, aún entre miembros de la misma familia, se va haciendo común en nuestros días de progreso.

Pero la acogida de cada uno de los hermanos se resintió naturalmente del carácter y sentimientos que les distinguían: Pablo se arrojó en los brazos de su primo con el placer del que estrecha en un abrazo al hermano largo tiempo ausente, y Antonio se limitó a pasarle su mano, pero con una sonrisa que revelaba que en su alma la amistad era todavía una creencia.

Tras esto siguiéronse las sabrosas conversaciones de los recuerdos, campo en que el alma del hombre se explaya siempre con placer, como si conociendo la avaricia de la suerte, quisiese contar siempre los goces pasados, para ponerlos en lugar de los que pudiera desvanacer el porvenir.

Dadas las once de la noche, hora avanzadísima en los campos y en aquellos tiempos sobre todo, Pablo condujo a Emilio a su propio cuarto, en donde le había hecho preparar una cama.

—Sabes —dijo Emilio—, que me da pena verte así en el campo, abandonando tus antiguas esperanzas.

Pablo dió un suspiro.

Cierto que al principio he sufrido mucho —contestó— pero te aseguro que si ahora no soy enteramente feliz, no me encuentro, a lo menos, desgraciado.

—No importa; la conformidad es una virtud, pero no constituye la dicha: tú has nacido para otra vida más intelectual que ésta, vente conmigo a Santiago.

—Imposible.
—Imposible, ¿por qué? No me obligues a decirte que no tendrías que pensar en gastos.

—Gracias, pero es imposible, a lo menos por ahora.

—No te comprendo, ¿quién te lo impide?

—Te haré francamente una confesión: estoy enamorado.

—¡Aquí!, ¿de quién? ¿De alguna huasa?

—¿Tú no recuerdas la familia de la hacienda vecina?

—Ah, tienes razón, no me había acordado de Paulina Mendibel; pero te diré una cosa, ya que tan franco te muestras.

—¿Cuál?

—Que te compadezco: el padre es de una avaricia proverbial.

—Y yo soy pobre, ¿no es verdad?

—Precisamente; lo que quiere decir que no serás admitido como candidato.

—Pero eso no quita que pueda ser amado.

—Es cierto. A ver, cuéntame esos amores, ya que por mi parte ninguna confidencia tengo que hacerte.

—Conocí a Paulina el año pasado, —dijo Pablo— cuando el padre compró la hacienda y vino a establecerse aquí con la familia. Antonio y yo hicimos nuestra primera visita a título de vecinos y las continuamos después en calidad de vecinos y de amigos. Tú conoces el carácter de Antonio. En esas visitas poco hablaba; de manera que yo tenía que hacer todo el gasto de la conversación; más poco a poco la intimidad fué estableciéndose a tal punto que la noche que no íbamos, yo me sentía triste y aún inquieto. Desde entonces abandoné mi idea favorita de volver a Santiago, y Paulina, en diversas conversaciones, me manifestó igual gusto por la ida del campo, que en los primeros meses parecía desesperarla. Esta simpatía de gustos, como bien adivinarás, hizo más frecuentes y más íntimas nuestras conversaciones, hasta que llegamos a esas confidencias del corazón con que los amantes principian por decirse indirectamente lo que sienten. Te ahorraré la

pintura de mi alegría, cuando Paulina, llena de timidez, me hizo comprender que correspondía a mi amor. Durante algunos meses fuimos completamente felices, pues vivíamos de nuestros juramentos, como si guardásemos el secreto de una dicha perfecta e inalterable: ¡tú sabes que los horizontes del amor platónico son inmensos!

"Nada de más expansivo, además, ni tan dispuesto a tiernos sentimientos como un enamorado feliz. Así me sentía yo después de la confesión de Paulina, de modo quise borrar con una prueba de cariño, la distancia que el carácter de Antonio había puesto entre nosotros. Lleno de confianza y olvidando nuestros repetidos disgustos, quise anudar el lazo de nuestro cariño, roto tantas veces, y establecer con él esa intimidad de hermano, que el mismo amor no puede reemplazar en ciertas ocasiones.

"Un día que nos hallábamos solos, después de comer, quise realizar mi propósito.

"Sabes, —le dije, con el acento más cariñoso que pude encontrar en mi voz—, que tengo una confidencia que hacerte.

"Al oír mis palabras, se levantó del sofá sobre el que se había recostado a fumar y me miró con una expresión de cariño, que nunca había yo visto pintarse en su rostro. Hubiérase creído que su alma despertaba de repente de un sueño fatigoso y sonreía ante una halagüeña realidad.

—"¿A mí? —exclamó.

—"¿Por qué no a ti que eres mi hermano? —le dije—, ¿puedo tener mejor amigo que tú?

—"Bueno, bueno, —contestó confuso, cual si hubiese tomado mis palabras como un reproche dirigido a su constante terquedad—; confiándome algo, me darás una prueba de cariño; ya te escucho.

—"Te has fijado en mis conversaciones con Paulina —le pregunté.

"Su semblante se puso pálido y toda la sangre pareció agolparse a sus ojos.

—"¿Por qué me haces esa pregunta? —me dijo con voz apagada.

—"Porque quiero decirte que la amo.

—"¿Y piensas que tú solo tienes derecho de amarla? —exclamó levantándose.

—"A lo menos —le contestó, picado del tono de su exclamación—, creo que tengo más derecho que tú.

"Sus manos se crisparon de cólera y sus ojos circundados de sangre, brillaron con un fulgor sombrío y aterrante.

—"Sí, tienes más derecho que yo —me dijo principiando a pasearse, también siempre has tenido derecho de ser feliz a costa mía. En verdad, no sé por qué nacimos hermanos, cuando la suerte nos destinaba para enemigos. Tú amas a Paulina, me dices; pues bien, yo seré franco como tú: yo también la amo y he resuelto que sea mía, ¿entiendes?, lo he resuelto.

"Y diciendo esto, me dejó solo, sin esperar mi respuesta.

**VI**

"Al día siguiente de esta conversación nos hallamos como de costumbre, en casa de Paulina. En todo el día Antonio y yo no nos habíamos visto. Cada vez que conversaba con ella y alzaba por casualidad la vista, encontraba la mirada de mi hermano fija sobre nosotros, brillando con ese fulgor sombrío que me mostró al querer yo hacerle la confidencia de mi amor.

"Varias semanas pasaron de este modo. Paulina había notado también la extraña expresión de Antonio, que casi nunca le dirigía la palabra; esa expresión, me decía a veces, le causaba un indecible terror.

"Por otra parte, en nuestro amor, tras los juramentos vinieron los proyectos: entre éstos, se deslizó la palabra matrimonio, que nunca me había atrevido a pronunciar, y que Paulina acogió con un placer franco y sincero, que me probó la realidad de su amor. Venciendo la timidez que me inspiraba mi pobreza y la gran fortuna del padre de Paulina, me dirigí resueltamente a él y le impuse de nuestro amor y mis proyectos, solicitando la mano de su hija. La respuesta que obtuve fué también de una franqueza desesperante.

"Amigo, —me dijo este hombre, haciéndome bajar la vista con la insolencia de su mirada—, mi hija aunque será rica, no lo es todavía, por consiguiente necesita un marido de fortuna para no descender de la posición que por mi trabajo le he dado. La hijuela que Uds. cultivan, apenas daría para comer a uno solo y mucho menos a su madre de Ud., a su hermano, y a la familia que Ud. tendría. Siga un buen consejo, que le doy por amistad: no piense en casarse hasta que sea rico.

"Ante la fría lógica de aquella redonda negativa, basada en un cálculo aritmético, mi voluntad y mi espíritu se sintieron sin energía, como sin argumentos. Los idilios de mis ensueños amorosos vinieron por tierra, como las flores de un jardín que los muchachos se divierten en destrozar con el primer palo que encuentran a la mano. Sin sentirme humillado, vi que era preciso ceder a la omnipotente majestad del dinero y me retiré culpando sólo al destino, que me negaba mi primera y más ardiente ambición.

"En la noche no quise presentarme en casa de Paulina y al día siguiente me preparaba a imponerla, por medio de una carta, de las razones que me desterraban de su lado, cuando recibí una de ella en la que, a la más tierna inquietud, venían unidas las solemnes

protestas de una eterna constancia. Mi contestación fué contándole mi entrevista con su padre y la redonda negativa que había recibido.

"Desde entonces quedó establecida nuestra correspondencia que dura hasta ahora.

Desde entonces también sólo dos veces he podido hablar con ella, cuando la he encontrado paseando a inmediaciones de la casa, acompañada por una mujer vieja, sirvienta antigua de su familia.

"Paulina, en sus cartas, me da cuenta, una por una, del empleo que hace de las horas del día, teniéndome al corriente de todo lo que acontece en su casa y que puede interesar a nuestro amor. Hace pocos días noté en su correspondencia una tristeza que rayaba en reserva, y conjurándola, en nombre de sus juramentos, a que me hiciese saber la causa de aquel cambio, me confesó que Antonio le había declarado su amor y hablándole de mí con menosprecio y desdén. Luego después, me anuncio que mi hermano se había retirado de su casa, cuando ella le había dicho que me amaba, jurando que nunca me pertenecería. Este juramento, me decía Paulina, fue hecho con una expresión de rabia, que a todas horas se presentaba a su memoria, como el recuerdo de una pesadilla horrorosa.

"Desde aquel día nuestros disgustos y rencillas con Antonio han sido cada vez más agrios y frecuentes, hasta el punto de no vernos nunca, sino a la hora de almorzar y comer, en presencia de mi madre.

"Pero hace tres días, este género de vida cercado de contrariedades y pesares domésticos, sin más placer que las cartas de Paulina y la esperanza de verla, ha cambiado repentinamente. Paulina me anunció que su padre, sintiéndose enfermo, acababa de arrendar la hacienda y que había ordenado hacer los aprestos para marcharse a Santiago. Bien pensarás que ese golpe inesperado fue para mí terrible: la idea de perder a Paulina hizo cruzar por mi cerebro mil siniestros proyectos, en los que imperaba el más profundo desprecio de la vida. Parecíame que en Paulina todos mis afectos se habían concentrado, y sentía que perderla era el principio de una agonía atroz, que en breve cortaría mi vida.

"Mi respuesta a la carta de Paulina fué naturalmente en ese sentido: en ella apuré los colores más sombríos de mi desesperación, sin ocultarle mis fatales presentimientos, ni las probabilidades de que pudieran realizarse. Paulina me escribió, entregada a la más

desesperante inquietud. Cada frase de su carta respiraba la abnegación del amor verdadero, encendido y aumentado por los obstáculos; amor que desconoce los sacrificios para arrostrarlos con la sonrisa en los labios, como la fe religiosa daba fuerza a los mártires para sufrir los tormentos y la muerte. Para ella, como para mí, nuestro amor era la vida: sin él preferíamos morir.

"A la lectura de esta carta me resolví a emplear el único expediente que nuestra angustiada situación me sugería, y le propuse la fuga, diciéndole que iríamos a casarnos a San Fernando a casa de un amigo, de cuya fidelidad no puedo dudar. Mi propuesta ha sido aceptada, no sólo con resignación, sino con placer, y como pasado mañana es el día fijado por su padre para emprender el viaje a Santiago, nuestra fuga está convenida para mañana en la noche.

—¿Y has pensado bien —dijo Emilio— en el paso que vas a dar?

—¿Y qué hacer? —replicó Pablo—, yo puedo resolverme a todo, menos a dejarla partir.

—Pero tienes que abandonar a tu madre.

—Será por poco tiempo; cuando me haya casado, volveré con Paulina.

—¿Y su padre?

—¡Qué me importa! Él arreglará sus cálculos como pueda y sufrirá las consecuencias de su ambición.

## VII

A la noche siguiente de esta conversación, los dos hermanos, la madre y Emilio se hallaban en la pieza que servía de comedor. Doña Manuela tomaba mate sentada en un rincón del cuarto, mientras que Pablo y Emilio conversaban a su lado. Antonio se paseaba fumando, sin tomar parte en la conversación. En aquellos momentos había algo de solemne y sombrío en el cuadro que formaban estas cuatro personas. La escasa luz que alumbraba la estancia dejaba caer sus pálidos rayos sobre el rostro melancólico de la señora y parecía eclipsarse ante el fuego de las miradas que, al dar vuelta en sus paseos, lanzaba Antonio sobre su hermano y su primo. La conversación, además, era fría y trabajosa, como la de personas que hablan preocupadas de ideas distintas a las que van emitiendo con distracción.

Así llegaron hasta las diez de la noche, hora en que doña Manuela se retiró a su cuarto, y Emilio hizo serías a Pablo de retirarse también. Este salió dejando a su primo solo con Antonio, que había tomado un asiento a distancia.

—Primo —dijo Emilio, rompiendo el silencio—, desde ayer tengo deseos de hablar a solas con Ud.

—¿Sí? ¿Y sobre qué? —contestó Antonio, como sacudiendo alguna idea que parecía dominarle.

—Sobre varias cosas —replicó Emilio—, que pueden resumiese en una sola: desearía ver en sus relaciones con Pablo ese amor de hermano que echo de menos.

—Ese amor de hermano —exclamó Antonio— ha muerto en mí cada vez que ha querido renacer. ¿Quién tiene la culpa? Dios sólo lo sabe. Hay, sin duda, primo, naturalezas desgraciadas, que la providencia o quién sabe quién, destina fatalmente a una lucha perpetua: la mía es una de ésas. ¿Cree Ud. que mi corazón no ha sentido jamás la necesidad de un afecto? Una sola confesión de mi parte le dará la respuesta: yo he devorado los libros de Pablo y hecho gala de mis conocimientos, para que nuestros padres viesen que yo también quería conquistar su cariño aun cuando ellos pareciesen querer negármelo. Sin embargo, de todo esto, nada he logrado, cuando sentía en mí irresistibles impulsos hacia esa vida tiernos sentimientos sólo podían endulzar la soledad a que me he visto condenado desde mi infancia. Ahora ya es tarde. He querido buscar en una mujer toda esa dicha que me huía con los otros, y esa mujer ha preferido también a

Pablo; ya ve Ud. que entre nosotros toda reconciliación es imposible, porque yo también amo a Paulina, y he jurado que si no llega a ser mía, no será de nadie. ¡Alguna vez siquiera me he de dar el placer de realizar mi deseo!

Antonio, que había principiado a hablar con un tono de reconcentrado tristeza, se animó por grados hasta temblar de emoción al decir su amor a Paulina.

—Vea Ud. —dijo después de una ligera pausa— cómo Pablo ha sido desde nuestros primeros años el ser con quien siempre me han comparado deprimiéndome; yo he buscado el modo de hacerme superior a él en cuanto he podido y en muchas cosas lo he logrado. El no me aventaja en ningún ejercicio del cuerpo y nunca se atreverá a arrostrar mi cólera, porque lo quebraría como a un niño. Es verdad que él me ha vencido hasta ahora en el amor, pero yo sabré vencer al destino; voluntad y energía me sobran.

Y al decir estas palabras, empezó a reírse de un modo extraño y forzado, que heló la sangre de su primo.

—Todo lo que Ud. me ha dicho —dijo Emilio— prueba sólo que Uds. no se han entendido hasta ahora, pero que pueden amarse.

—Vea —replicó Antonio, interrumpiéndole—, dejemos esta cuestión, porque ella me afecta demasiado. Si Pablo renunciase a Paulina, desde ahora mismo, ¿me entiende Ud.?, en el acto, tal vez nuestro porvenir sería más feliz. De otro modo tendremos que conformarnos con nuestro destino. Buenas noches, primo.

Los dos jóvenes se separaron y Emilio se dirigió al cuarto de Pablo.

—Es intratable —dijo al entrar—; creo que nunca se alcanzará nada de él.

—Lo siento —murmuró Pablo—: al dar el paso a que me preparo, hubiera querido reconciliarme con él.

Emilio se guardó bien de decir la condición que Antonio imponía para olvidar su rencor.

—Creo que la hora ha llegado —dijo Pablo, tomando su sombrero y un par de pistolas que había dejado sobre una silla.

—Yo te acompaño —le dijo Emilio.

—Para qué, solo estoy bien.

—En lugar de llevar un hombre cualquiera, irás conmigo.

—Vaya, si tú te empeñas: gracias.

Emilio tomó su sombrero y ambos salieron, dirigiéndose detrás de la casa, en donde había tres caballos ensillados, que un hombre sujetaba por las riendas.

—Bien está, déjanos los caballos —dijo Pablo a este hombre.

Los dos jóvenes montaron, y tomando Pablo la brida del tercer caballo, se pusieron a galopar en dirección a la casa que habitaba Paulina.

## VIII

Eran ya las dos de la mañana.

La noche, sin ser de luna, tenía bastante claridad para dejar distinguir los objetos a una distancia considerable.

El silencio de los campos era profundo y sólo interrumpido de cuando en cuando por el lejano mugido de los toros, que los ecos de los montes repetían.

Por lo demás, todos los ruidos nocturnos que se oyen en los campos en las primeras horas de la noche habían cesado ya, dando lugar a ese silencio solemne que predispone el ánimo a la superstición y a los temores.

Los dos jóvenes galoparon durante un cuarto de hora sin dirigirse la palabra: ambos iban engolfados en sus propias meditaciones, que la calma de aquella hora favorecía.

Al cabo de este tiempo, Pablo pasó del galope al trote y de éste al paso poco después. Emilio disminuyó también la velocidad de su marcha, en la misma proporción que su primo.

—Ya vamos a llegar —dijo Pablo, rompiendo el silencio— y es preciso caminar más despacio, para que el ruido no llame la atención de los inquilinos que viven en los alrededores de las casas con sus pandillas de perros, los que esparcirían la alarma a más de una legua a la redonda.

Ambos se detuvieron después de estas palabras. Hallábanse delante de una de esas tapias bajas de adobones, tan pintorescas en los campos por las hendiduras que a guisa de troneras se dejan al construirlas y por las cuales pasan sus ramas caprichosas el quilo y otras silvestres enredaderas.

Allí los dos jóvenes echaron pie a tierra, y Pablo se alzó apoyando un pie en uno de los agujeros de la tapia. Delante de su vista había un potrerillo de cortas dimensiones, terminado al frente por las altas paredes de adobe que circunvalaban la casa. En un rincón se divisaba apenas un punto oscuro, que era la puerta que comunicaba el potrerillo con el interior.

—Espérame aquí —dijo Pablo a su primo, pasándole las riendas de su caballo y las del que había traído tirando—; sobre todo, ten paciencia, pues será preciso esperar algún tiempo.

Diciendo esto, el joven saltó al otro lado de la tapia y se dirigió al rincón donde hemos dicho se hallaba la puerta que daba entrada a la casa por la parte de atrás. Emilio siguió a su primo con la vista, sentándose sobre la tapia: le vio detenerse algunos instantes y perderse después tras la puerta, que se abrió y cerró sin hacer el menor ruido.

En esa expectativa transcurrieron diez minutos, durante los cuales Emilio sintió palpitar su corazón y llenársele el espíritu de mil funestos presentimientos. A cada instante creía oír ruido de voces en el interior de la casa, y el lejano mugido de las vacas resonaba en sus oídos como el lamento de una voz ahogada por el dolor.

"Si le sorprenden —se decía temblando—, tendrá tal vez que habérselas con los criados de la casa, que le tomarán por un ladrón".

Entretanto, sus ojos se fijaban obstinadamente en la puerta, mientras esta reflexión cobraba cada vez más alarmantes proporciones.

Su vista, acostumbrada ya a la oscuridad, divisó por fin abrírsela puerta y aparecer un bulto que, proyectándose sobre ella, podía apenas distinguirse. Pero el bulto continuó avanzando hacia él y empezó a dibujarse mejor, a medida que se aproximaba. En la mitad de la distancia, Emilio percibió distintamente dos personas: un hombre y una mujer.

Entonces sintió desvanecerse, como por encanto, sus temores y dilatársele el pecho con la vuelta de la tranquilidad. Pero no bien experimentaba esta consoladora sensación, cuando resonó en el aire el estampido de un tiro, y sus ojos, que seguían el movimiento de las dos personas que avanzaban, vieron caer a una de ellas, y oyó un gemido que fué a confundirse en los cerros con los ecos de la detonación.

## IX

Emilio se lanzó del puesto que ocupaba y corrió, cuan ligero le fué posible, hasta el punto en que una de las dos personas acababa de caer: Pablo se hallaba sin sentido en el suelo y una mujer joven y bella hacía esfuerzos para sostenerle.

Emilio, sin decir una palabra, se puso a reconocer el cuerpo de su primo: la bala había pasado a algunas líneas sobre la sien izquierda, abriendo una herida que la sangre hacía parecer más grave.

—Señorita —dijo a la niña que fijaba en él sus ojos llenos de inquietud—, yo he venido con Pablo y me hallaba esperándole cuando he sentido el tiro y le he visto caer: soy su primo.

—Él me lo venía diciendo —contestó ella—; pero ¡qué haremos, por Dios! ¿Cree Ud. que la herida sea de gravedad?

—Imposible me será decirlo ahora; pero es preciso que Ud. vuelva a su casa antes que noten su ausencia: de otro modo Ud. y él se pierden para siempre.

—No, —dijo la niña con resolución—; yo no puedo abandonarle así.

—En nombre de él y de su amor, —replicó Emilio—, vuélvase Ud. Yo voy a conducirle a su casa la tendré a Ud. al corriente de su salud: si Ud. se queda, todo se descubre y están Uds. perdidos.

—No importa —dijo ella—, ya he resuelto salir de mi casa, y si pensaba seguirle estando bueno, con mas razón lo haré ahora que su vida se halla en peligro.

Emilio inclinó la cabeza ante aquella enérgica resolución, y pasando sus brazos bajo el cuerpo de Pablo, se enderezó con él y anduvo hasta la tapia, en donde momentos antes le esperaba.

Allí, el herido alzó la cabeza y fijó la vista en Paulina y su primo.

—¿Ud. no está herida? —dijo, tomando las manos de la niña.
—No —respondió ésta, cuyo rostro se hallaba bañado en lágrimas—, ¿qué siente Ud.?

—Creo que la bala sólo me ha rozado la cabeza —dijo Pablo, llevando una de sus manos a la herida—; esto no será nada.

Pero me parece que lo más prudente es dirigirnos a casa de tu madre —dijo Emilio—, y que esta señorita vuelva a la suya antes que hayan notado su ausencia.

—Tienes razón —contestó Pablo—, a menos que ella quiera ponerse bajo la protección de mi madre.

—Mi resolución está tomada —dijo Paulina—, yo iré donde Ud. vaya.

Pablo estrechó con amor las manos de su querida.

—Entonces —dijo Emilio— vamos pasando la tapia y a caballo el tiempo urge, pues ese maldito tiro ha despertado a todos los perros de esta hacienda, y creo notar en la casa un movimiento de luces, que manifiesta que se han puesto en movimiento los que la habitan.

Hasta entonces aquellas tres personas parecían querer evitar la conversación sobre el origen del tiro.

Pablo, entretanto, recobraba todas sus fuerzas, porque después de pasar la tapia insistió en ayudar a Paulina a subir a su caballo. Hecho esto, montó ligeramente en el suyo y se pusieron en marcha, tomando Emilio la delantera para dejar conversar libremente a los dos amantes.

Al cabo de una hora llegaban a la casa de doña Manuela, en la que reinaba el más profundo silencio. Al bajar del caballo, Pablo sintió que las fuerzas le faltaban: una violenta fiebre, que el frío de la noche y el movimiento del caballo habían aumentado, le privaba casi de todo movimiento.

Emilio y Paulina ayudaron al joven y le condujeron a su cuarto. Luego Emilio se dirigió a la habitación de Antonio, después de despertar a dolía Manuela y de ponerla al corriente de lo que sucedía.
La madre de los jóvenes llegó al cuarto de Pablo un instante después y encontró a Paulina que sostenía entre sus brazos la cabeza de su hijo. Después de darle las gracias con lágrimas en los ojos, se pusieron ambas a lavar y vendar cuidadosamente la herida.

Hecho esto se arrojaron en brazos la una de la otra y confundieron sus lágrimas y sus ahogados suspiros, como si se hubiesen amado desde largo tiempo.

Doña Manuela, viendo que Pablo parecía haberse dormido, se puso a contemplar con curiosidad y cariño a aquella niña por la que su hijo se hallaba al borde de la tumba.
Paulina era una hermosa joven de dieciocho años, de regular estatura y facciones de una irreprochable delicadeza. En toda su persona brillaba ese aire de perfecta salud que añade brillo y frescura a los ojos y al semblante de la mujer, y su cuerpo, sin perder nada de su aristocrática elegancia con una moderada gordura, hacía resaltar la gracia y perfección de sus artísticas ondulaciones. Su rostro tenía la dulce palidez del sentimiento y sus ojos pardos, animados por los resplandores de un amor vivamente sentido, le prestaban un encanto indecible. Por un gracioso movimiento, maquinal en ella, alzaba sus sedosos cabellos cuando cubrían la parte superior de su frente, dejándola así despejada y majestuosa con su franca pureza.

Doña Manuela hizo todas estas observaciones de un solo golpe de vista y sintió una especie de maternal orgullo al contemplar la belleza de la niña, que arrostraba por su hijo querido los fallos severos de la sociedad y acaso la cólera y maldición de sus padres.

—¿Y a qué han atribuido Uds. esta desgracia? —dijo, dirigiéndose a Paulina, que seguía con inquieta solicitud la febril respiración del herido.

—Pablo ha dicho que deben ser algunos ladrones de los que no faltan en estos campos y que tiraron creyendo sin duda que estábamos solos, y han huido cuando han visto a su primo. Pero la herida no es grave —añadió con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y Ud. no teme que su padre pueda venir? —preguntó doña Manuela.

—Al contrario, pienso escribirle diciéndole lo que he hecho.

Doña Manuela la abrazó cariñosamente y ambas se sentaron a la cabecera de Pablo.

## X

Como dijimos, Emilio se dirigió a la habitación de Antonio, después de despertar a doña Manuela. Al entrar vio a su primo en su cama y, al parecer, profundamente dormido.

—Antonio —le dijo después de despertarle—, Pablo acaba de ser herido y es preciso ir a buscar un médico a San Fernando.

—¡Herido! —exclamó Antonio, levantándose—, ¿quién lo ha herido?

—No sabemos —contestó Emilio, sintiendo casi desvanecerse la idea con que había entrado al cuarto.

En un instante Antonio se halló vestido.

—Vamos a verle —dijo.

—Mejor será ir a buscar inmediatamente al médico —le replicó su primo—; Pablo esta durmiendo y conviene aprovechar el tiempo: si yo supiese el camino, me habría puesto en marcha ya.

—Como quieras —dijo Antonio.

Y saliendo del cuarto, montó en uno de los caballos que había ensillados en el patio, y partió a galope, camino de San Fernando.

Tres horas después, Antonio volvió a la casa acompañado por un facultativo de aquel pueblo. Ambos entraron en el cuarto del enfermo, después que doña Manuela y Paulina salieron, dejando a Emilio en la habitación.

Antonio se acercó con el médico, y éste, después de reconocer la herida, escribió una receta y pidió un cuarto para retirarse.

—¿Qué piensa Ud. del enfermo? —le preguntó Emilio.

—La herida no es de mucha gravedad, pero la fiebre puede hacerla muy seria —contestó el médico.

Cuando Emilio y Antonio quedaron solos, éste se arrojó a los pies del lecho de Pablo.

Y prorrumpió en sollozos desesperados.

—¡Mi hermano!, ¡mi pobre hermano' —exclamó, retorciéndose dolorosamente.

—Cálmate —le dijo Emilio, arrepintiéndose, ante aquel violento dolor, de haber juzgado temerariamente de Antonio—; cálmate, esto no será nada.

El joven no respondió porque el llanto ahogaba su voz. Parecía que aquella naturaleza de fierro experimentaba por primera vez el alivio de las lágrimas, pues rendido a su imperiosa fuerza, Antonio ocultaba su rostro entre las manos y lloraba como lloran los niños. Transcurrida una hora de este modo, alzó su rostro y púsose de pie, fijando sus ojos escaldados sobre su primo, que permanecía silencioso en un rincón de la estancia. Nunca más intenso dolor se había manifestado tan visible y dejando tan profundas traza en unas cuantas horas. Los ojos encendidos, cóncavas las mejillas por una mortal palidez, abatida la frente y los labios sin color, se habría creído que tan extraña transformación no podía ser la obra de un instante. Antonio dio dos pasos por la pieza, y al querer de nuevo dirigir a Emilio la palabra, sus labios balbucearon inarticulados sonidos, como las voces que un mudo se esfuerza por hacer salir de su garganta y, dando algunos pasos hacia la puerta, cayó de rodillas al lado de su hermano, dejando correr de sus ojos el llanto que había querido en vano reprimir.

Emilio se acercó a él y trató de mitigar su desesperación, haciendo favorables pronósticos sobre la salud de Pablo.

A la mañana siguiente, Paulina, como lo había dicho, escribió a su padre imponiéndole de su conducta y anunciándole su firme resolución de no abandonar a Pablo. Después de escribir esta carta, dirigióse con doña Manuela al cuarto del enfermo, en donde se hallaba ya el médico con Emilio.

Antonio se había retirado al amanecer, encargando que le anunciasen cualquiera ocurrencia nueva en la salud de su hermano.

—Señora —dijo el médico, dirigiéndose a doña Manuela—, el joven parece enteramente fuera de peligro, la fiebre ha pasado casi del todo y creo que muy luego podrá levantarse.

Antonio entró en el cuarto cuando el médico hablaba aún, y después de oírle, se acercó a la cama de su hermano y volvió a salir al cabo de algunos instantes de muda contemplación, después de echar sobre Paulina y su madre una mirada de indefinible tristeza.

Media hora, después, el encargado de llevar la carta al padre de Paulina volvió trayéndole la siguiente lacónica contestación:

"El paso qué has dado te perjudica a ti únicamente, pues desde ahora quedas privada de toda herencia".

Paulina pasó la carta sonriéndose a doña Manuela y estrechó con amor las manos de Pablo, que principiaba a despertar.

En estos mismos momentos, Emilio, llamado fuera de aquella pieza por un sirviente de la casa, recibía una carta:

—El señor don Antonio —dijo el criado—, me ha mandado traerle esta carta:

Emilio la abrió y leyó lo que siguiente:

"Primo: Anoche, si hubiera creído en peligro la vida de Pablo, me habría muerto a sus pies: ahora veo que sanará y he resuelto ausentarme para siempre. En Ud. he reconocido un corazón generoso, y por esto le ruego que trabaje para que mi madre y mi hermano no maldigan mi memoria y compadezcan algún día mi desgracia. Adiós.

Su primo,

ANTONIO".

Emilio sintió en su pecho una profunda compasión hacia aquel ser al que la naturaleza y las debilidades humanas habían condenado a perpetuo sufrimiento, ahogándole los instintos generosos que germinaban en su corazón, para desarrollar únicamente la funestas pasiones con que se hallaban confundido. Después de esto, puso la carta en su bolsillo al entrar de nuevo en el cuarto del que acababa de salir y encontró al instante la

mirada de su primo y de Paulina que parecían decirle, en ese mudo lenguaje, su felicidad y su alegría.